

Trenes

E

Seudónimo. María Moliner

Categoría E

El pueblo seguía tal y como lo recordaba. Oteándolo desde los primeros metros del monte, parecía una de esos catálogos publicitarios de turismo rural, que prometen un remanso de paz idílico, un lugar donde apenas nada trasciende de lo cotidiano, uno de esos pequeños rincones apartados del mundo donde la tecnología, el hormigón y el estilo de vida urbanita, aún no han conquistado su corazón. Puede que hubieran pasado casi ocho años desde mi última visita al pueblo y más de veinte desde que tomara por primera y última vez el camino que ya iniciaba de nuevo, pero los recuerdos de todos y cada uno de los momentos allí vividos seguían latentes en mi memoria, indelebles al paso de los años.

Supuse, antes de comenzar el ascenso al monte, que ese era uno de los dones de lugares pequeños y cargados de pequeñas historias, que son capaces de aferrarse al corazón del oriundo igual que al del esporádico forastero, eternizándose en su memoria y en su corazón.

Desde aquel lugar observaba con total nitidez la casa de mis abuelos, con su enorme patio trasero donde aprendí a jugar a las "canicas" o a la "peonza". Incluso divisaba la calle que descendía hasta el río, por donde me deslizaba con tanto arrojo como insensatez con un monopatín "Sanchesky", que mi abuela me regaló por mi cumpleaños, el mismo año que ella falleció al llegar el invierno. Tanto ella como mi abuelo, viendo ^{que} la vejez les iba dando caza, habían planeado vender parte de las tierras y la granja, para pasar su edad de oro en una ciudad, disfrutando de – creían – mayores comodidades que las que el pueblo podía ofrecerles. Aunque todo cambió empero tras la muerte de mi abuela.

Yo aún era demasiado niño como para comprender el verdadero significado de la muerte, del dolor de la ausencia, de corazones oxidados por lágrimas nunca derramadas. Era demasiado joven para saborear el caldo amargo de la muerte de un ser querido, en su máxima expresión, pero no tanto como para no darme cuenta de que la vejez cayó de golpe sobre el reciente viudo, convirtiendo a mi abuelo en la sombra de lo que había sido, en un ser hosco, huraño, de rostro ensombrecido y palabra en susurro.

Jamás emprendió aquel soñado viaje a la ciudad, aunque vendió la mayor parte de las tierras que había cultivado durante toda su vida, así como la granja de cerdos y gallinas. De la venta, obtuvo lo necesario para vivir con solvencia, aunque la naturaleza le hubiese otorgado una longevidad inaudita y con las tierras que conservó, mantuvo una distracción con la que tratar de evadirse, de la pena que ya cubría como una nube de tormenta, todos y cada uno de sus días.

Mis padres le llamaban por teléfono semana a semana preocupándose por él, pero sus preguntas, recibían respuestas monosilábicas y expeditivas, que dispersaban cualquier conato de diálogo a prolongar. Sólo cuando mis padres me pasaban el auricular parecía cambiar el tono de su voz. Desde muy niño, mi abuelo me había dicho lo mucho que me parecía a mi abuela, probablemente una vez la había perdido a ella, yo era el recuerdo vivo más cercano a ella. En esas conversaciones me realizaba las manidas y recurrentes preguntas que se realizan a un niño, preguntas sobre posibles novias y futuras inclinaciones laborales. Yo le escuchaba asentir al otro lado de la línea mientras respondía todas sus típicas preguntas y, aunque no pudiera verle, le adivinaba sentado frente a la ventana que daba al patio, hablando conmigo pero imaginando a su mujer, a mi abuela, a la mujer que con su muerte se había llevado todos sus sueños.

Verano a verano, compartíamos con él en el pueblo nuestras vacaciones estivales. Mis padres, pasaban allí el mes que les permitía el cierre estival de la fábrica en la que ambos trabajaban, mientras que yo residía allí de junio a septiembre. Mis padres creían que mi compañía estimulaba a mi abuelo, y por mi parte estaba encantado, en el pueblo tenía amigos con los que jugaba en todo momento y adoraba a mi abuelo, cada momento que compartía con él, cada vez

que me miraba a los ojos y veía en el brillo de los suyos, como le recordaba a su llorada y amada esposa.

Fue en uno de esos veranos cuando descubrimos el acostumbrado paseo diario del abuelo, una liturgia que repetía todos y cada uno de los mediodías y, que finalizaba cuando regresaba a casa, con el gesto ensombrecido por la tristeza y los ojos anegados en lágrimas que nunca derramaba en nuestra presencia. Tanto mis padres como yo mismo le preguntamos varias veces hacia dónde se dirigía, cada vez que tomaba el abrupto camino que serpenteaba monte arriba, incluso le quisimos acompañar en alguna ocasión, escudándonos en la excusa de que un nimio esguince a su edad en tan fragoso paisaje, podía tener consecuencias graves. Siempre se negaba con una media sonrisa en la boca, con la que partía a su paseo y que había desaparecido a su regreso. Como si mientras ascendía y descendía por el monte, las amables facciones de su entrañable media sonrisa fueran desprendiéndose, ocultándose en los recodos de los muros de piedra, entre los matorrales de zarzamora, en las pequeñas madrigueras horadadas por conejos, hurones y demás especies roedoras del monte.

Así sucedió, hasta que un mediodía de primeros de junio no demasiado cálido y que jamás olvidaré, mi abuelo, cuando pasó a mi lado bastón en mano, en dirección al sendero del monte, me instó a seguirle con un leve ademán de cabeza. En realidad un movimiento prácticamente inapreciable, que casi pareciera que en realidad deseaba que yo lo hubiera pasado por alto. No fue así empero, y salí tras él emocionado, sintiendo dentro de mí la certeza de que se me iba a mostrar un gran secreto, un lugar sagrado, una parte oculta de la historia de mi abuelo.

Por aquel entonces yo ya había cumplido catorce años y con la pubertad inspirando mi afán de aprendizaje - amén de enervar a mis hormonas -, encontré en todas y cada una de las palabras que me dedicó mi abuelo en nuestro periplo por el monte, una nueva muestra de porqué le admiraba tanto como le quería. Mientras duró el escarpado trayecto *monte a través* hasta lo alto, no me dijo en ningún momento adonde nos dirigíamos. Pero eso no significa que estuviésemos

en silencio, durante todo el trayecto me inculcó todas esas enseñanzas que han ayudado al hombre a lo largo de miles de años, y que hoy, olvidamos en una sociedad basada en el consumo y en la nula simbiosis con nuestra madre tierra desarrollo. Sirva como muestra el ejemplo que evoco entre tristeza y sorna, de como mi sobrina, criada desde su nacimiento en una gran urbe, a punto de hacer su primera comunión, creía que los tomates crecían en los envases al vacío del *Mercadona*.

A medida que ascendíamos me mostró las diferentes madrigueras de topos, hurones o liebres, detallándome la forma de identificar a quién pertenecía cada una. Me enseñó cómo prever una tormenta de verano horas antes de que se produzca, por la forma empedrada de las nubes, por los insectos que se esconden, por el vuelo raso de algunas aves. Enseñanzas de sabio rural que me llevaban a un tiempo en que el ser humano dependía de tales conocimientos. Escuchándole, no entendía la decisión finalmente frustrada tras la muerte de mi abuela, de abandonarlo todo, para irse a vivir junto a ella a la gran ciudad. Hombres como era mi abuelo, son de esa clase que miran los enormes edificios y se sienten devorados por sus atroces sombras, que se dejan consumir por el anonimato de la urbe, que desfallecen ante la impersonalidad de una ciudad donde todos son rostros desconocidos de mirada ausente.

- ¿Hasta dónde vamos? – pregunté deteniéndome, para tratar de recuperar algo del resuello perdido. Cansancio que a mi abuelo parecía no afectarle - Hasta un paso que da al otro lado del monte, y luego bajaremos hasta la falda por ese lado. Es por allí por donde pasan – respondió, tras parar y colocar su inseparable bastón entre ambas piernas, adoptando una pose de pastor incombustible, que mantenía desde sus años de trashumancia cuando era casi un niño.
- ¿Pasan? – volví a preguntar arqueando las cejas
- Sí, por ahí pasan los trenes – resolvió alzando los hombros, como si yo ya tuviera que saber que nos dirigíamos a las vías del ferrocarril que delimitaban la comarca del pueblo al otro lado de la sierra.

Mi abuelo se puso en marcha y yo reemprendí, no sin esfuerzo, el camino tras él. Mientras avanzábamos ubiqué el lugar donde nos encontrábamos y al que nos dirigíamos. Sabía porque lugares pasaba la vía del tren y cómo llegar a él accediendo a la autovía del norte, pero jamás hubiera pensado que podía encontrarse un paso a través del monte. Sí era cierto, en un paseo a pie y aunque el trayecto en ocasiones fuera excesivamente pedregoso e incómodo, el atajo podía ser de no menos de tres cuartos de hora.

Así, entretenido e instruido por los numerosos edictos de la naturaleza que mi abuelo me narraba, llegamos acariciando una pared áspera y totalmente vertical, a una pequeña abertura tan ancha como para que un hombre grueso pasase con holgura. Aunque no se veía dónde finalizaba, un pequeño resplandor nimbaba mortecino en la oscuridad, indicando la salida al otro lado del monte, que mi abuelo me había anunciado anteriormente.

Sonriendo al adivinar mi indecisión inicial, mi abuelo se aventuró a entrar en la grieta, encaminándome yo de seguido hacia el vientre del monte, más por temor a quedarme solo fuera, donde el sonido de la naturaleza me llenaba de temor, que por verdaderas ganas de introducirme en tan lóbrego recoveco.

Caminé tanteando con las manos la espalda de mi abuelo, adivinando las formas del paso en la penumbra, hasta que a los pocos metros, la claridad fue tomando presencia hasta mostrar el final de la cueva y por ende, de mi miedo. La luz bendijo nuestra salida y disminuyó dolorosamente el tamaño de nuestras pupilas. Cuando estas recobraron sus funciones, pude ver cómo un camino se deslizaba monte abajo hasta morir a pies de una enorme piedra de lomo liso frente al cual y a tan sólo unos veinte metros, pasaba, los raíles del tren, con los flancos herrumbrosos y el piso, brillante como una patena. A ambos lados de los raíles, crecía un manto de amapolas, que dotaban al paisaje de un aire romántico y virgen. Supe entonces y sé ahora, que jamás visitaré en mi vida un lugar natural tan bello como aquel, y que jamás volveré a sentir una paz, como la que embargó cuando descendimos hasta la piedra y ambos nos sentamos sobre su

lomo. Aunque el sol arremetía con moderada dureza, la piedra mantenía su frescura, y pronto ese frío comenzó a calar por debajo de mi débil pantalón de chándal.

- ¿Sabes?, aquí venía muchas veces con tu abuela, nos sentábamos aquí y mirábamos pasar el tren. – anunció con una solemnidad que me erizó el vello de la nuca -. Nuestras fechas favoritas eran cercanas a estas, es por eso que he querido que vinieras hoy conmigo, para que descubrieras el viaje de las amapolas, que es como lo llamaba tu abuela.

No quise, o menor dicho, no supe responder. Las palabras de mi abuelo iban cargadas de tal dosis de emotividad, que sabía que dijera lo que dijera, no estaría a la altura de la trascendencia de aquel momento.

- Ella decía; “*Vamos a los trenes*”, y los dos veníamos aquí y nos sentábamos exactamente a esta hora, en este mismo lugar – miró su reloj de bolsillo, sonrió y lo volvió a guardar -. Espero que haya amapolas débiles hoy – sentenció en el instante en que a lo lejos, se escuchaba la llegada de uno de los pocos trenes que aún continuaban con el trayecto que cruzaba aquellos paisajes -. Si hay amapolas débiles, será mucho más bonito – finalizó.

Incluso las aves parecieron enmudecer respetuosas cuando el tren apareció y cruzó ante nosotros, momento en el que comprendí la deseada fragilidad de aquella alfombra de amapolas. Fue un espectáculo que apenas duró unos breves segundos, pero su belleza se eternizó en ^{mi}nuestras retinas prolongando la visión de aquella maravilla hasta hoy.

Las amapolas más cercanas a los raíles, se inclinaron respetuosas al paso del tren y miles de pétalos se desprendieron del tallo volando, acompañando el camino que los vagones le indicaban. Algunos revoloteaban dubitativos arriba y abajo, otros se adherían a las ventanillas de los vagones, algunos incluso alcanzaban mayor altura que la del propio tren. Cuando el tren se perdió allá donde el monte viraba suavemente a la diestra, los pétalos se fueron posando con lentitud a lo largo de los raíles, dejando una hermosa estela en honor al viajero ya huido. Incluso algunos pétalos, los de las amapolas más cercanas a los raíles, lograron volar tan alto, que

planearon hasta posarse sobre el suelo, bastantes segundos después de que el último de los vagones hubiera sido devorado por el horizonte.

- Aquí veníamos a soñar. Aunque nunca lo dijimos, sabíamos que tu abuela se moría dos años antes de que sucediera, fue cuando le detectaron la enfermedad. El porqué no os lo dijimos a la familia algún día lo entenderás, cuando quieras a alguien con tanta fuerza que cada lágrima que derrame la sientas como tuya. No quisimos haceros sufrir – recitó con el peso de las lágrimas hundiéndole los párpados -.

Sabíamos que nunca viajaríamos a la ciudad, por eso veníamos aquí y soñábamos que éramos dos pétalos de esas amapolas. Dos pétalos que al paso del tren, se desprendían y volaban hasta donde los vagones les quisieran llevar, hasta la gran ciudad, hasta el lugar donde nunca llegaríamos. Creo que en realidad nunca hubiéramos llegado a irnos de aquí, y sólo la imposibilidad de hacerlo, hizo que nos resultara atractivo.

Después de que ella muriera, yo he seguido viniendo aquí todos los días en que las lluvias, la nieve o las heladas de invierno me lo han permitido. Pero mis fechas preferidas son estas, cuando puedo deleitarme con el viaje de los pétalos. Solo que ahora en lugar de soñar que soy uno de esos pétalos y que vuelo junto al tren hasta la gran ciudad, imagino que lo hago hasta un lugar donde tu abuela me espera y los dos nos eternizamos en un baile con el viento, en un beso entre dos pétalos que saben que pertenecen a la misma flor y que deben permanecer unidos, incluso después de que esta se marchite.

Vengo aquí todos los días simplemente a eso; a soñar. Antes a soñar que huía con ella, ahora a que huyo hacia ella.

No lloró, probablemente porque ya lo había hecho en tantas ocasiones que había dilapidado todas las lágrimas que a cualquiera le tocan por llorar. Se limitó a mirar el reguero de pétalos inertes, que mostraban sobre los raíles, el camino tomado por el tren que los había desprendido de sus flores. Yo tampoco dije nada el resto del día, pero cuando me acosté aquella noche ya lejos de la mirada entristecida de mi abuelo, estallé en mitad de un millón de lágrimas. Lloré hasta que como le había sucedido a mi abuelo, se me agotaron las lágrimas. Lloré con esa intensidad

porque por primera vez, en la que por aquel entonces aun era mi corta vida, supe lo que significaba de verdad la tristeza.

Una suave brisa me extrajo del recuerdo de aquel primer y único paseo junto a mi abuelo. Nunca volví a acompañarle, él no me lo pidió y yo, jamás me ofrecí. Era tanto el dolor que había experimentado y tal el sufrimiento que había visto reflejado en la impenetrable caverna de sus pupilas de anciano al que ya poco le queda por vivir, que supe que aquel momento era demasiado íntimo para mi abuelo, como para ultrajarlo con mi presencia.

Después del paso de los años, vista desde el inicio del ascenso, la casa de mis abuelos parecía más oscura y pequeña que antaño, como si hubiera sido devorada por la tristeza que acompañó los años de decadencia de mi abuelo. Una imagen demasiado desoladora para un antiguo niño que tenía la certeza de haber pasado en aquel lugar – ahora ruinoso –, los mejores años de su vida. Giré sobre mí mismo e inicié el ascenso, con la incertidumbre de si sería capaz de recordar todos los giros, en los cruces de pequeños senderos, hasta dar con la gruta que me llevaría al rojizo manto de amapolas, seccionado por la vía del tren que llevaba a la gran ciudad.

Habían pasado más de dos décadas desde la única vez que visité esos lugares y, sin embargo, creí poder realizar el paseo con los ojos cerrados. Al llegar a cada cruce, a cada giro, antes incluso de que mi cerebro diera la orden, mis pies giraban tomando el camino correcto. Era como si en la suave brisa que me erizaba el vello, escuchara la voz de mi abuelo guiando cada uno de mis pasos, hasta que sin haber sufrido una pequeña parte del esfuerzo que preveía antes de comenzar la andadura, hallé la gruta que como otrora, me dio paso al lugar sagrado para mi abuelo, tras unos siniestros metros de oscuridad, estalactitas y humedad pétreas.

La similitud de fecha con la de mi primer viaje a aquel lugar, hizo que esa segunda ocasión, el volumen y color del campo de amapolas fuera similar. Recé mientras descendía hasta la piedra

de lomo liso, sobre la que nos tendimos entonces, para que la fragilidad de los pétalos, también fuera la misma.

Sobrepasé la piedra y caminé entre las amapolas hasta acercarme a apenas un metro de la vía. Junio estaba siendo especialmente caluroso y vestía unos pantalones cortos, que permitían que las amapolas entre las que avanzaba, me besaran las pantorrillas y me acariciaran los tobillos en una hermosa bienvenida al amigo largamente esperado en su regreso. Al llegar, dejé dos urnas sobre el suelo entre las amapolas más cercanas a los raíles, saqué la tapa de ambas y me alejé de nuevo hasta la piedra, con las mejillas ya humedecidas. Si el único tren que pasaba por aquel lugar, continuaba con el antiguo horario, apenas restaban unos cinco minutos para que apareciera, minutos que dediqué a suplicar sin saber a quién lo hacía, porque todo saliera con la precisión de un plan, tan torpemente urdido como necesitado de suerte.

Anunciando su llegada con el silbido férreo de los raíles en la lejanía, el tren cruzó ante mí, lógicamente con una velocidad mucho mayor que la de décadas atrás. El azar, la fortuna, simplemente la suerte o quizás algo más, hizo que todo saliera tal y como yo había deseado. Las amapolas volvieron a dejar que sus pétalos, rojos y ligeros, se separaran de los tallos y acompañaran volando al tren en su camino. Pero en esta ocasión hubo algo más que les secundó en el baile. Las dos urnas, las que contenían las cenizas de mis abuelos, cayeron del mismo lado al paso del tren y, las cenizas de ambos salieron despedidas como por un impulso propio. Volaron, volaron entre los pétalos de las amapolas que tantas veces habían contemplado, soñando seguir en su impredecible vuelo. Por un momento, tal vez sólo por unos segundos, pero que afortunadamente se me antojaron eternos, un cortejo de pétalos y cenizas se confundieron en la danza del viajero etéreo que avanza hacia el destino soñado, que no era otro que la eternidad.

El tren y sus vagones desaparecieron y las cenizas y los pétalos, se fueron posando con suavidad, sin prisas, a lo largo de los raíles, más allá incluso de donde yo alcanzaba a ver. Pasados no más de unos segundos, miles de pétalos moteados por las cenizas, se repartían en el sendero de la vía, como si se tratara de una florida ofrenda al paso de unos soñadores, que ya jamás regresarían.

Yo, descendí de la piedra de lomo liso, desde la cual había contemplado de nuevo aquel espectáculo, ahora tan cargado de sincero simbolismo y una emotividad, que horadaba en mi interior, extrayendo sentimientos jamás vividos. Me arrodillé junto a las urnas de mis abuelos y tras observar como, de forma casi mágica, ambas estaban totalmente vacías, las cerré y las di cobijo sobre mi regazo mientras comenzaba a llorar, con la misma intensidad con la que lo hice dos décadas atrás, hasta que se agotó hasta la última de mis lágrimas.

Comenzó a llover, una lluvia fina y delicada, que hacía cimbraer los pétalos de las amapolas y del que las aves se ocultaban, en las pequeñas cavidades del monte. Las cenizas dispersas por el suelo, comenzaron a difuminarse, a esparcirse entre las gotas de la lluvia, a filtrarse en el suelo de un paisaje en el que sin duda mis abuelos, hubieran deseado permanecer día tras día, observando pasar unos trenes que aunque nunca tomaron, siempre formaron parte de su vida. Trenes como el que acaba de partir, y que continuaba su viaje, puede que guiando el vuelo de parte de aquellas cenizas, de parte de mis abuelos, que al fin y tal y como mi abuelo había deseado, ya eran eternos.

Volvían a estar unidos en un lugar al que me prometí no regresar jamás. Pues supe y sé, que desde aquel preciso instante ese pequeño rincón del mundo, tenía dos únicos dueños; dos pétalos de amapola que en un abrazo eterno, bailarían emocionados mientras mirarían pasar los trenes que jamás tomaron.